

«EL BARBERO Y LUIS XIV»

Luis XIV, paradigma del absolutismo, tenía sumidos a sus súbditos en la hambruna y la pobreza. A pesar de ello, estaba destinando ingentes recursos para la terminación de su fastuoso palacio de Versalles. El hartazgo del pueblo iba *in crescendo* y el monarca era cada día más impopular. No contento con la desafección generalizada del pueblo francés, Luis XIV emprendió una nueva guerra contra Guillermo de Orange, aumentando considerablemente los tributos destinados a la Corona.

Una buena mañana, el ayuda de cámara del monarca se sintió indispuerto: surgían los primeros síntomas de la sífilis. El problema tenía proporciones mayúsculas, ya que, para mantener su bella y regia imagen, Luis XIV requería ser afeitado a diario y su fino bigote perfilado. Esta era una de las principales responsabilidades del ayuda de cámara, ya que pocos en Francia podían apurar un afeitado con tanta delicadeza. El ayuda de cámara, volando en fiebre, y a falta de alguien competente en el arte del afeitado en la corte, mandó llamar al mejor barbero de París. En menos de una hora, el barbero ya se encontraba en Versalles. Los guardias que habían ido a buscarle, más que invitarle, le habían exigido violentamente que fuera con ellos. Una vez en palacio, el barbero fue conducido a los aposentos reales, y se le entregaron los utensilios de oro y piedras preciosas con los que debía afeitar a Luis XIV. De un momento a otro, el monarca entró furioso a la estancia. El barbero bajó la cabeza e hizo una reverencia. Sin percatarse de la muestra de respeto del barbero, Luis XIV se sentó en una poltrona acolchada de terciopelo. Al acercarse el barbero, el monarca no pudo disimular una muestra de desagrado.

El barbero, resignado, le untó los ungüentos en la cara y comenzó a afeitarle las mejillas. Su navaja estaba extremadamente afilada. Tenía para él gran valor sentimental. La había recibido de su padre, cuando era niño, antes de que se marchara a la guerra a morir por la gloria de Francia. El barbero pensó en qué le diría su padre si supiera a quién estaba afeitando la navaja que un día le regaló. Su padre detestaba a la nobleza y al clero. El barbero, por supuesto, tampoco le tenía ninguna simpatía. Pero ahí estaba, en ese preciso momento, afeitando a la cúspide de ese mal, de esa estructura de opresión, hambre e injusticia. ¿Qué diría su esposa cuando, al regresar a París, le cuente que había afeitado al rey? ¿Se lo tomaría bien o, al contrario, le reclamaría, de nuevo, su falta de hombría? Cécile, su esposa, había sido violentada recientemente por el hijo de un noble parisino. Le reclamaba que él no estuvo presto a protegerla y que, después del deleznable acontecimiento, no hizo ningún esfuerzo por buscar justicia. ¿Justicia?, se preguntaba el barbero. ¿Qué justicia puede haber para el pueblo llano, para los de abajo?

Mientras la navaja descendía lentamente hacia la garganta del monarca, el barbero tuvo una brillante idea. ¿Por qué no degollarle? ¿Acaso no se convertiría en un héroe del pueblo? ¿No recuperaría el respeto de su esposa? Volver a tener una oportunidad como la que estaba viviendo en ese preciso instante era, cuando menos, impensable. En cierto modo, era un regalo de Dios. ¿Cuándo hubiera podido soñar con una mejor posibilidad de “hacer justicia”? ¿Contra quién mejor podría rebelarse, sino con el padre y símbolo de todas las injusticias y los abusos de la nobleza y el clero? Degollar a la cabeza de la pirámide opresiva sería erradicar dicha pirámide.

El barbero no pensaba en el Duque de Orleans ni en cualquier otra persona que, fallecido Luis XIV, podría asumir sus funciones al frente del Estado. Solo quería degollar al actual monarca. De hecho, cuanto más lo pensaba, unas ganas irrefrenables de hacerlo iban surgiendo en él. En ese momento, él tenía el poder. Tenía la garganta desnuda de Luis XIV contra su navaja. Un ágil y profundo corte y, *voilà*, pondría fin a la vida del tirano. El barbero estaba convencido, tenía el poder sobre la vida y la muerte.

Breve relato escrito por Carlos De Domingo Soler para su discusión en las cátedras
“Teoría General del Estado” y “Filosofía Política”.
Facultad de Derecho, Universidad Hemisferios, Quito, 2021.

